

De venenos y otros frutos... (apto para Sumas Sacerdotisas)

Cristina Vasco

Artista Plástica y Magister en Estudios Socioespaciales, cristina.vasco.c@gmail.com

*Aquí,
desde el principio,
pensando que yo era una asesina,
ungüéndome diariamente con mis preciosos venenos.
Pero no.
Yo soy una emperatriz.*

Anna Sexton (fragmento de *Mi boca florece como un corte*)

Un agua bendita como paliativo para el horror de ser mujer en un mundo masculino y violento surgió en Italia en el siglo XVII como un típico cosmético femenino. Más allá de los milagros comunes del mundo religioso, los beneficios otorgados por el falso “Maná de San Nicolás de Bari”, no eran los esperados prodigios cristianos: curar enfermos, sacar demonios, calmar tempestades o resucitar muertos.

Esta pócima curativa conocida como *Água Tofana*, imitaba en su presentación a un antiguo objeto devocional, con la “sutil” diferencia de no haber sido extraído, como su par, del néctar de los huesos de la tumba del santo en Bari. Su cristalino envase compartía la imagen del religioso como una estrategia para custodiar los poderes de un mejunje creado por Teofanía d’Adamo y perfeccionado por su hija Giulia Tofana en 1633. Viuda y madre de Girolama Spera (“Astróloga della Lungara”), Giulia Tofana fue una reconocida cosmetóloga de Roma. Nació en Palermo en 1620, quedó huérfana a los 13 años y pronto se desligó de la culpa que se posaba sobre su clan materno, desvinculándose de las etiquetas de bruja, harpía, asesina, mujer indolente, incapaz e inferior; lo que la llevó a aceptar su destino en pro de las mujeres.

De su madre —denunciada, torturada y asesinada por matar a su esposo— heredó los saberes para fabricar perfumes, cosméticos, pócimas y el uso de hierbas medicinales, además de un alto sentido de protección que, desde muy pequeña, la hicieron perfilar dichos conocimientos sobre las plantas, para ayudar no solo a tapar con maquillaje, sino a resolver definitivamente los moretones y deformaciones con las que llegaban sus clientas, producto de golpizas y castigos por parte de sus maridos. Cerca de los saberes ocultos de alquimistas y boticarios de la época, Giulia ensayó silenciosamente con distintas especies e insumos químicos hasta llegar a una fórmula perfecta: una sustancia transparente, insípida e inodora, camuflada como un polvo cosmético y posterior como un aceite milagroso —similar al del San Nicolás— que favorecía aparentemente la belleza de la mujer.

El *Água Tofana* compuesta por antimonio, cimbalaria, arsénico y belladona, entre otras sustancias utilizadas para la fabricación de maquillaje en el siglo XVII, fue un certero veneno que, en pequeñas dosis, provocó la lenta y calculada muerte a más de 600 hombres, los cuales padecían inicialmente de irritación y



Cristina Vasco

Água Tofana - Maná de San Nicolás de Bari

fatiga, luego debilidad y languidez, indigestión y dolores abdominales seguidos de la muerte. Las sugerencias de Giulia para la futura viuda incluían la dosificación del bebedizo por medio de gotas en el vino o la sopa, además, la mujer debía exigir al médico, por recomendación de Tofana, una autopsia, sabiendo de antemano que este proceso no detectaba los tóxicos en el cadáver, pero servía para certificar su inocencia frente al hecho y acceder a una de las pocas condiciones respetadas y honoríficas para las mujeres en el Renacimiento: la viudez.

Esta agua, que fácilmente podría confundirse con otros cosméticos, fue el salvoconducto de liberación para mujeres de distintas condiciones económicas y sociales, quienes para la época debían trabajar en oficios mal pagos para conseguir la dote: un patrimonio que les permitía salir del estigma y vergüenza social de la soltería y les daba la entrada a la cárcel del matrimonio. Entre bodas arregladas sin posibilidad de divorcio, subastas de mujeres, partos potencialmente mortales, falta de acceso a la educación, imposiciones morales de la iglesia y la ausencia absoluta de derechos legales al contraer nupcias; las mujeres casadas pasaban de la afrenta de no ser elegidas por un hombre, a la pérdida del control sobre sus finanzas, propiedades y cuerpos. Los abusos, torturas, violaciones y castigos iban desde brutales golpizas, coerciones sociales, sometimiento y regulación

de la movilidad, hasta la imposición del *Scold's Bridle*, un castigo común para las mujeres que se atrevían a hablar de más, consistía en portar máscaras metálicas con orejas de burro o piezas bucales de hierro que presionaban sus lenguas, impidiéndoles hablar y beber agua mientras se les paseaba por la plaza como escarnio público.

Los tribunales priorizaban el matrimonio antes que la ignominia de las familias, incluso en casos de violación, como ocurrió con la famosa artista Artemisia Gentileschi, quien durante su adolescencia en Roma denunció a su violador, pero fue alentada por la Corte a casarse con él como una manera de preservar su honor. Artemisia ganó la demanda, pero el juicio, además de las torturas a las que fue sometida para verificar su testimonio y el apoyo del Papa al abusador, destruyeron su reputación, siendo obligada a abandonar la ciudad. Y es que la iglesia tuvo un rol determinante en dichos vejámenes: se encargó de suprimir todo valor espiritual de la mujer, le atribuyó un sumiso y natural papel de procreación y la condenó a matrimonios infelices que debían durar hasta la muerte, convirtiendo esta sentencia en la única salida honrosa, y a Giulia Tofana en una aliada para agilizar el proceso.

¿Entonces Giulia Tofana es una asesina o una redentora?

Desde la mirada amoral del tarot, Tofana es ambas cosas. Ella encarna a la Suma Sacerdotisa, un principio femenino de divinidad que aparece ante nuestros ojos como una imagen paciente y sabia, abarca el bien y el mal, la vida y la muerte. Es concedora de los tiempos orgánicos, extrae su sabiduría de las plantas y de los ciclos vitales universales, gobierna en la lenta persistencia y la paciencia femenina, adquiere consciencia gracias al contacto directo con el misterio, la profundidad, la intuición y los pactos de silencio.

Sentada receptivamente en medio de dos columnas, que representan la dualidad humana y teniendo un velo de fondo, la Suma Sacerdotisa no busca a nadie, es buscada por una sabiduría que trasciende la moral. Este arcano mayor es el símbolo de la gran madre y el arquetipo virginal, ella es en esencia una paradoja, una alquimista que, sin identificarse, contempla lo bueno y lo malo, lo luminoso y lo oscuro. Al igual que Tofana, pura e intacta, es demasiado buena para ser verdad y ese es el secreto que esconde detrás de su velo, esa es su sabiduría: el reconocimiento de su sombra y la exaltación de su virginidad, no

en el sentido de castidad sino en un orden que precede al mandato religioso, ella es virgen, como lo anuncia Esther Harding, “mujer sin casar”, una mujer que al no pertenecer a ningún hombre se pertenece a sí misma de una forma especial.

Según la escritora Hannah McKennet, Giulia Tofana fue una mujer común, conocida por ser amiga de mujeres con problemas, pero no actuó sola, logró conformar una organización que investigaba a fondo los abusos a los que eran sometidas sus clientas. Esta red conformada por alquimistas, brujas, boticarios, mujeres sabias, astrólogos, abortistas y hombres de confianza como el sacerdote Girolamo de Sant’Agnese —quien patrocinaba el arsénico—, era un clan que además de vender el veneno, suministraba amuletos, ungüentos y pócimas de amor. Eran conocedores de la magia, el cuerpo y las plantas; capaces de curar el dolor de muelas, fabricar analgésicos y calmantes digestivos; realizar abortos y aminorar los dolores del parto con belladona. Este inframundo mágico —sanador y criminal— era temido por mitigar las dolencias que la medicina no había podido curar, dar el sosiego que a la iglesia no le interesaba calmar y cuestionar los flagelos que el sistema político a lo largo de la historia no ha querido transformar.

Es evidente que Tofana cruzó una delgada línea moral, definiendo lo que debía vivir y lo que debía morir, pero tal como la Suma Sacerdotisa entendió rápidamente que su espacio y potencial creativo no es igual al del Mago —arcano I del Tarot—, para ella las herramientas no están dispuestas en una mesa bajo la luz del sol. La Suma Sacerdotisa encuentra su potencial creativo en el misterio y la oscuridad, el misticismo y el contacto directo con su sabiduría; contempla en silencio los límites de lo sagrado y lo profano, y crea para sí misma una vida donde lo inmoral no reside en el uso de una mortal pócima, sino en la consolidación de un sistema social que hizo necesaria su invención. 🗿

